

## Arqueología o Mitología en el Pensamiento Psicoanalítico: Una Introducción

Jaime I. Szpilka

**Descriptores: MITOLOGIA / SUJETO DEL INCONSCIENTE / FIJACION / CASTRACION / DESEO / EPISTEMOLOGIA / TEORIA LACANIANA / OBJETO / PSICOPATOLOGIA / HISTORIALES CLINICOS / MITO EDIPICO.**

1. Interrogar sistemáticamente una y otra vez el texto freudiano se nos a parece como tarea capital frente a cualquier intento renovado de desarrollar el pensamiento psicoanalítico. Y esto no solamente porque aquél dista de cualquier sospecha de ya agotado, ni tampoco por las complejidades y ambigüedades que en múltiples ocasiones a ese texto le son inherentes, sino fundamentalmente por los deslizamientos o desplazamientos que gran parte de sus conceptos nucleares han sufrido en desarrollos ulteriores.

Así, demandar una respuesta de estos textos, incitarlos a que hablen nuevamente, implica no sólo deshacer un falso movimiento distorsionador, sino la recuperación de un sentido fundante.

Este doble movimiento emerge como trabajo privilegiado de todo estudio *intenso*, que por oposición al *extenso* insiste en centrar su óptica frente al texto tradicional enfatizando lo nuclear en una constante referencia centrípeta. La misma tiene por propósitos la discriminación de los conceptos esenciales, la articulación necesaria y lógica entre los *mismos*, las diferentes jerarquías y ordenamientos, la pertinencia en el modo y orden de exposición de los enunciados, la particular inserción contextual, las autonomías o dependencias relativas o absolutas de las partes en la estructura del conjunto y finalmente su consideración sintomal. En síntesis, se ocupa constantemente del deslinde entre ciencia e ideología.

Si este constante deslinde se impone, no es para el reencuentro de una unidad y una coherencia imaginarias sin fisuras, sino para destacar en la teoría las fisuras o cortes que ordenan (o desordenan) una y otra vez en torno de sí los diferentes elementos que la componen. Fisura o corte de la castración y por lo tanto del sexo como humano.

2. Es la consideración de este corte o fisura, la que se encuentra en el centro de una elección arqueológica o mitológica.

En el primer caso nos encontramos frente a una epistemología positiva, continuista, evolucionista y empirista, de objetos que se nos imponen como presencia a

la visión y cuya constitución estratificada reconoce un tiempo lineal de determinaciones, un antes que va hacia un después y un esencialismo inserto en lo real mismo.

En el segundo caso nos hallamos frente a una epistemología negativa, discontinua y apuntando hacia rupturas, estructural, con objetos que se privilegian desde su ausencia o pérdida, con una concepción de un tiempo de torsión en el cual el antes queda constituido siempre a posteriori del después, y donde lo real velado y perdido - en sí mismo, sólo puede irrumpir en los intersticios de la trama de lo simbólico y de lo imaginario.

Se trata entonces de considerar una sucesión de presencias que se realizan y despliegan pudiendo ser reencontradas y reconocidas, desenterradas en un recorrido inverso al de su realización, o una articulación encubridora que deja a lo real siempre excluido, mudo, faltante al discurso, es decir como castración.

Lo real constituido a la zaga de su inserción discursiva sólo puede ser captado nuevamente en su dimensión de mito. Mito y discurso que se sostienen como condición recíproca.

Una arqueología de la sexualidad apoyada sobre una continuidad naturalista y biologista, deja lugar a la construcción de una mitología (teorías sexuales infantiles). En este espacio la visión de un genital femenino articulada a una amenaza paterna ejemplar cobra todo su sentido.

Así, mientras en todo intento de reconstrucción el arqueólogo alude a una realidad no sólo representada sino restituida a su propio espacio real, el mitólogo reconstruye algo del espacio mítico mismo y de las relaciones que le son inherentes, dejando siempre una abertura entre el mito y lo real que no intenta transgredir. Su punto cero es el mito mismo.

El niño reconstruido por el arqueólogo es, de tal modo, un niño real, en tanto que el reconstruido por el mitólogo es siempre un niño de ficción. Y esto resulta así en cuanto al mitólogo le es impensable la constitución de un determinado sujeto en otra posición que la de sujetado por su propio mito, mito que en última instancia es también mito del otro.

Es por esto que algo de lo real fuera de la estructura, de lo positivo, de lo observable empíricamente, le es ajeno desde el principio de su método mismo.

**3.** Es este doble camino y esta doble elección la que se nos plantea pues en los diferentes recorridos de la lectura freudiana.

La encontramos ejemplarmente cuando intentando Freud dar cuenta de la génesis de la angustia buscándole un momento original, una fundación en un suceso real inscrito en el tiempo lineal evolutivo del sujeto, llega hasta el nacimiento como situación traumática.

Paradójicamente en el momento mismo de su llegada, la abandona para replantear todo el problema a través del mito de una separación, otra que la de los cuerpos biológicos. Y así inaugura la cuestión de la castración de la madre de su niño - falo.

La angustia del niño mismo se torna entonces impensable fuera de la estructura del mito del otro en el cual queda capturado.

Las angustias tempranas dejan de allí en más de remitirse en una vinculación directa e inmediata con los instintos, duplicándolos en sus diferentes expresiones de vida y muerte o de amor y odio. Se pierde la continuidad psicobiológica en la cual algo del equilibrio energético o de la mecánica cuantitativa puedan decir una palabra esencial en la determinación.

Lo impensable sería pensable solamente en una objetivación del no - sujeto humano, es decir de la angustia presubjetiva o animal. Para el sujeto humano una lectura desde el mito se vuelve ya imprescindible. Y esto no solamente por capricho de método sino por los efectos dinámicos que la ansiedad muestra posteriormente en las diferentes formaciones neuróticas, en donde es siempre algo del árbol de Edipo lo que se nos muestra como cercano a la causa.

Esto nos obliga a replantear el estatuto de las ansiedades tempranas o psicóticas en su aspiración de conformar un campo aparte y previo al de la angustia de castración. En efecto, tenemos derecho a interrogarnos si la preceden y tienen su campo propio de determinación, o si solamente representan a una variedad de figuras imaginarias cuyo sostén estructurante pasa necesariamente por el eje de la castración.

A una insistencia en los factores dinámico - cuantitativos puede reprochársele una objetivación y realización empírica del sujeto del inconciente, con sus múltiples consecuencias conceptuales (equilibrio narcisístico, homeostasis, nirvana intrauterino, etcétera). Freud mismo dio pie en parte a este enfoque a través del vasto capítulo de las neurosis actuales, con su concepción de la angustia automática y sin inscripción psicológica alguna.

A una insistencia en los factores descriptivos e imaginarios puede reprochársele una cierta desconsideración del valor fundamental del complejo de Edipo con la consiguiente caída en un maniqueísmo pulsional como determinante en última instancia. Esto resulta en un énfasis prioritario de los factores emocionales internos (envidia, voracidad, sadismo, etcétera), tomándose además a los datos empíricamente primeros como si fueran fundantes (duelo por el pecho, primeras experiencias de disociación e integración, identificación proyectiva, Edipo temprano, etcétera).

Nos encontramos nuevamente frente a las mismas alternativas cuando entramos a considerar el narcisismo. Una lectura directa desde un supuesto origen constitutivo en lo real se opone a una construcción mítica a posteriori siempre de un orden ternario sobre cuyo fondo aparece como eco de un paraíso perdido original. Este paraíso no puede ser sabido ni pensado cuando se está inmerso en él, y cuando se lo puede saber ya ha quedado perdido para siempre.

Se nos desnuda la interrogante que puede surgir tan claramente de la lectura de Schreber: ¿cómo entender la defensa contra la homosexualidad consistiendo en una regresión narcisística y al mismo tiempo a la regresión narcisística como causa de aquélla? La homosexualidad aparece sumergida en una plena causalidad circular, como causa y como consecuencia. En un mismo tiempo se nos entrecruzan en Schreber su estructura narcisística y su estructura edípica.

Este entrecruzamiento nos dificulta de allí en más cualquier concepción en términos lineales y evolutivos, donde podamos considerar la fijación, la progresión y la regresión en su decurso simple. Se nos impone un tiempo complejo de torsión, en el cual las dos estructuras (edípica y narcisística) se presentan como dos caras de una misma superficie unidas a través de un borde común (cinta de Moebius).

No hay fenómenos ni determinaciones donde ambas caras no se impliquen recíprocamente. La estructura narcisística sólo es conflictiva en relación con la cara edípica, ya que en sí misma es muda, y la estructura edípica es conflictiva de derecho propio pero siempre sobre la ilusión narcisística perdida.

Esto nos lleva a pensar en la imposibilidad de reservar a los diferentes planos psicopatológicos distintas estructuras aisladas de determinación. La psicosis no implica un mero problema narcisista, como la neurosis no implica sólo un problema edípico. Ambas entidades y la perversión van siempre de la mano de los dos mitos básicos en cuya trama quedan insertados: Narciso y Edipo.

Como vemos, arqueología y mitología implican así diversas concepciones psicopatológicas, clínicas y técnicas. Si en el primer caso se trata de deshacer lo que con cierta licencia podríamos denominar una “astucia de la razón mítica”, en el segundo se trata de deshacer una “astucia de la razón real”. Una concepción más naturalista de la enfermedad y de la cura donde habría algo que completar, devolver o recuperar, se enfrenta con otra en la cual sólo se trata de descubrir y disolver el mito.

Si intentamos acercarnos ahora a las diversas concepciones acerca del valor y del lugar del duelo, podemos observar que siempre una mitología cede lugar a una arqueología, cuando se anclan al pecho —tomado como soporte básico natural—, todas las pérdidas ulteriores.

En efecto, cuando surge la pregunta prioritaria por el ser del pecho de la pulsión, aparece de inmediato que lo que se pierde y sustituye es un objeto imaginario al cual nunca se poseyó y que paradójicamente sólo se destaca en el momento de la pérdida. Por eso la mala elaboración de un duelo se refiere más a la falta de reconocimiento de lo perdido como nunca poseído que a una rectificación en lo real con el objeto.

Si justamente, el objeto del que trata el psicoanálisis nos interesa fundamentalmente como perdido, es porque en calidad de tal le atañe al sujeto del inconciente. Atravesado y marcado por la represión primaria luego de la cual se constituye, evidencia un antes en el cual era objeto para un no - sujeto, quien paga justamente con la prima de su pérdida su advenimiento como tal. Era para nadie y deja de ser para que el sujeto sea. Cuando se lo tiene no se sabe de qué se trata y cuando se lo piensa ya no se lo recupera más.

Este objeto se vincula con el sujeto del inconciente en relación con lo que Freud denominó representación inconciente de cosa.

A esta representación le atribuye los caracteres de las primeras y verdaderas relaciones de objeto. Parece así ser pura huella de una verdad significativa, marca de una determinada relación con lo real, pero marca difícil de concebir más que en una abstracción disociada. Representa la «verdad» en el mismo momento de ser perdida y

por lo tanto representación. Así la representación inconciente de cosa aparece como testimonio de un «sin sentido» o de una verdad que se crea sólo como primera posibilidad de representación o de significación. También da cuenta de un primer corte y de una primera barra en relación con lo real que queda así delimitado al mismo tiempo que excluido y perdido. Es, finalmente, representante de una relación «verdadera» con lo real, que al mismo tiempo la torna imposible.

El duelo es entonces duelo por «nada», ya que la palabra no sustituye a nada del orden natural, sino que más bien funda al objeto que retornará como natural sólo cuando, enganchado en el mito empírico de su constitución interviene en lo que denominamos “astucia de la razón real”. Lo perdido sólo puede caracterizarse correctamente como aquello que era antes de la palabra.

Es evidente que se cuestionan desde estas afirmaciones aquellas teorizaciones que se refieren a la importancia clínica y técnica de integrar, reparar, reintroyectar o instalar adecuadamente dentro del yo, etcétera. También cobra validez el replanteo de la problemática de los vínculos y de las relaciones objetales considerados en relación con el objeto exterior, en cuanto fuera del objeto perdido y del sujeto del inconciente toda postura del yo deviene un refugio imaginario, es decir en una suerte de impostura.

4. Si una arqueología insiste en los orígenes constitutivos en lo real, la mitología arriba al abandono de la polémica de los ‘orígenes y de los fines, colocando su acento en la estructura desde la cual un sentido discursivo adviene. Funda todas sus posibilidades en el orden simbólico y por lo tanto recupera los principios siempre por un camino de mediación, con lo cual lo anterior en el tiempo no es necesariamente lo más profundo desde el punto de vista de las determinaciones eficaces.

En este terreno tiene cabida toda especulación acerca del deseo. El espacio mítico es donde crece y se constituye. Su objeto es netamente ilusorio e imaginario, perdido. Su vehículo es la red del discurso en cuyos intersticios puede ser atrapado en forma siempre desplazada.

Si el sujeto del inconciente se articula con un objeto mentado como perdido, es de su deseo de aquello que puede hablarse. Coinciden aquí el sujeto del inconciente con el sujeto del deseo, del mito y del discurso. Desde este lugar puede intentarse una reconstrucción.

A la arqueología podemos atribuirle una continuidad con lo que podemos catalogar como necesidad esta se relaciona con el concepto de “acción específica” la cual implica un cierre, una completud en lo real. La mitología en cambio, insistiendo en la ruptura releva al deseo como marca de una perpetua insatisfacción, donde queda la perenne abertura que ser humanos parlantes impone. Es esta abertura la que se intenta escamotear redoblándola sobre una supuesta relación natural a cerrar que se ofrece míticamente como espejismo de retorno.

Una cierta lectura continuista dinámico-económica del “Proyecto...” cede al dar sin embargo, cuenta de la ruptura, cuando se hace indispensable tempranamente la compleja inclusión del otro para la satisfacción de ciertas necesidades y para la realización de ciertas acciones específicas. Se incorpora necesariamente un primitivo

lenguaje en una aparente recién inaugurada comunicación que no puede sustraerse sin embargo de allí en más al ya constituido orden simbólico en el cual el niño y el otro están de cabo a rabo sumergidos.

Con todo, es cierto que las más ricas y sutiles descripciones de la estructura del deseo se nos ofrecen con mayor certeza cuando Freud nos introduce en el complejo laberinto del mito. Así nos interna en la dramática de los sueños, las mentiras de los recuerdos encubridores, el heroísmo trágico de la novela familiar, la inocencia burda de las teorías sexuales infantiles, las extrañas y sorprendentemente plásticas fantasías de las histéricas, la religiosidad secreta de los rituales obsesivos, el mundo privado fantástico de los perversos con su complejo simbolismo, el bizarro contenido de las formaciones restitutivas psicóticas, las raíces de toda construcción artística, etcétera.

En todos estos discursos oímos hablar una y otra vez de la enigmática constitución de la sexualidad humana, de la renegación de la diferencia de sexos, del enfrentamiento particular de las vicisitudes de la castración. En suma, del alma misma del Edipo, como mito de la fundación y del sostén del mito mismo.

Es en esta frontera entre la verdad y la mentira donde los diversos dilemas del deseo hacen su aparición, evidenciando el resto de engaño en el cual el lenguaje nos obliga a reposar. La necesidad queda justamente excluida de toda posición dilemática con lo cual el sujeto del inconsciente enmudece. Por eso, mientras de la necesidad, de su satisfacción y de su objeto puede decirse que son, del deseo, de su insatisfacción y de su falta de objeto puede decirse que hablan. La necesidad nunca reposa entonces sobre *otra escena*, mientras que el deseo abre el tránsito hacia un sendero de desciframiento.

El salto que significa el pasaje por la lengua queda postulado como de retorno imposible e implica una serie de problemáticas nodulares para la teoría tanto como para la clínica.

Algunas cuestiones quedan en efecto planteadas como fundamentales: a) la consideración del concepto de causa y eficacia determinante; b) la constitución y lectura posible del tiempo histórico; y e) la instalación de un sentido para el sujeto y de un sujeto del sentido.

Ciertas reflexiones acerca del orden del «1», del «2» y del «3» se hacen imprescindibles para comprender la distancia que se abre entre toda consideración del conteo que sea empírica y referida a una objetología de sucesiones de la visión, y una consideración de estos mismos números tomados como lugares, funciones y centro de operaciones lógicas necesarias a una estructura.

Sumariamente, si por ejemplo consideramos al 2 con posterioridad al 3, todas las consideraciones psicopatológicas y etiopatogénicas sobre el Edipo temprano, lo preedípico y lo pregenital, pierden sentido como un espacio de determinaciones eficaces inmanentes. Se limita el juego dialéctico exclusivo entre lo imaginario y lo real y se reducen las bases para una comprensión de la relación sujeto-objeto lisa y llanamente ligada a un dato perceptual inmediato.

Todas las consideraciones teóricas pasan así ineludiblemente por la estructura del

Edipo, que transforma los acontecimientos de meros sucesos en hechos históricos. Así reciben su razón de ser reprimidos y enmascarados sustitutivamente en función de una eficacia causal que los inscribe en el conflicto psíquico, en la represión, y en su fracaso y retorno como síntoma transaccional.

Cualquier dualidad que elude este fondo coloca a los diversos factores y mecanismos en ella emergentes (envidia, identificación proyectiva, introyección, etcétera) en el espacio propio de determinaciones eficaces con un valor prioritario a su significación incestuosa o elusiva de la castración.

¿Cómo concebir una fantasía de robo o ataque, de penetración en el tiempo-espacio del otro, de posesión y de castigo, fuera del establecimiento de un determinado sistema de legalidad que al menos ponga en juego a uno y a otro, y a la propiedad como valor?

¿Cómo concebir incluso una referencia a lo bueno y a lo malo en el yo y en el objeto en una relación continua, inmanente y esencialista ligada a la propia biología de las pulsiones eróticas o tánáticas sin la mediación de un sistema ético-cultural?

Efectivamente, no se habla de la misma bondad y maldad cuando se pone en juego como valor a la prohibición del incesto y a su transgresión o al maniqueísmo pulsional inmediato. Oponemos así el sistema humano a una psicobiología sin sujeto del inconciente. De allí el valor radicalmente modificador de hacer pasar a eros y tánatos por la estructura edípica y el sistema del superyó, donde aun la vida y la muerte pasan a formar parte de un sistema de donaciones.

Fue Freud mismo quien señaló primero la presencia fálica entre el niño y su madre. Así rompía con la inmediatez de la dualidad simple. Ellos no valen más por lo que son sino por lo que representan en un sistema de sustituciones y deseos. Siendo que el deseo materno está atravesado plenamente por la referencia al falo como faltante, éste marca desde su posición la emergencia del deseo en el niño: colocarse en el lugar de la falta para colmarla o desear desde ese lugar.

El pecho como objeto natural o como referencia mundana, ocupa así un lugar velado, de espejismo de retorno, casi de fetiche. El falo, sea desde su perspectiva imaginaria plena, o desde su lugar simbólico de significante de la falta de significante (lugar de un encuentro imposible), maquina y ordena a los personajes de la escena. Señalar a la madre como objeto directo fracasa y una psicología arqueológica, genética y evolutiva cede su lugar al psicoanálisis.

Si efectivamente entonces, los hechos más profundos no son los que suceden antes en el tiempo y no contienen los fundamentos de lo ulterior, se enraizan en la posibilidad de comprender las diferentes articulaciones y estructuraciones de la forma que otorga sentido orgánico y sistemático a los hechos. Esta inteligibilidad permanece oculta a nuestra visión directa y no sigue a los sucesos en su ocurrencia mundana. La prioridad de esta estructura nos sirve además de reflexión preventiva para la trascendencia de bienintencionadas pero insolubles problemáticas planteadas en torno a las prioridades empíricas causales, como se pretende establecer en la polémica del parricidio o del filicidio o del sadismo y masoquismo.

Es aquí donde las advertencias de ciertos estructuralistas franceses acerca del doble uso de la noción del tiempo en Hegel valen la pena de ser tomadas metodológicamente en cuenta.

Hegel postula el tiempo por un lado, como continuidad homogénea y por el otro, como contemporaneidad absoluta.

Por la primera postulación estaríamos ante el tiempo como la reflexión en la existencia de la continuidad del desarrollo dialéctico de la *Idea*. Toda la problemática estribaría aquí en encontrar el corte justo de las periodizaciones, por ejemplo el tiempo de Enrique 1, Enrique II... el preedipo, el Edipo y el posedipo.

Por la segunda postulación nos encontramos con el hecho de que todos los elementos del todo coexisten siempre en un suceso actual, con lo cual se puede realizar un corte puntual donde emerge la esencia del todo. Cualquier momento daría cuenta de todos los fenómenos y el *Concepto* estaría presente en todos los momentos de su existencia. Siendo que el todo hegeliano es un todo espiritual en el sentido de Leibniz, implicaría la conspiración de las partes entre sí, siendo cada una de ellas, *pars totalis*. El Edipo pues estaría presente en cada segmento del desarrollo, igualándose la noción de Edipo temprano con el Edipo freudiano o proponiéndoselo al menos como antecesor de éste.

Si en la primera especulación se da cabida a un espacio del cual el Edipo queda excluido, en la segunda la triangularidad estructurante del complejo nodular se transforma en mera heredera de la disociación original entre lo bueno y lo malo, lo idealizado y lo persecutorio de la relación inicial con el pecho mismo. Efectivamente en el Edipo temprano el pene aparece rotulado como objeto interno emanado de un interjuego de empinas donde se transforma en sustituto del pecho perdido, recibiendo así el desplazamiento de los afectos originales. Se transforma en nuevo pecho, *pecho-pene*, objeto imaginario que redobla y coima la pérdida anterior en lugar de marcar desde su ausencia la matriz de la simbolización de la relación dual y especular inicial, inaugurando el mundo subjetivo humano.

Caemos entonces en el acercamiento arqueológico en un error teórico y metodológico que podemos rotular como *inversión y empirización de los tiempos de determinación*, error que coloca a lo dual en el lugar de las determinaciones prioritarias.

Antes del 3, podemos decir que los 2 son en realidad 1. Estamos en plena estructura narcisística en la cual no encontramos corte ni hiato para colar una interrogante sobre el ser. Después del 3, los 2 son en realidad un —1, en cuanto pasan a ser resultado de la división, al ser atravesados por el orden simbólico. Son dos que se reconocen como ausentes, perdidos para el otro y para sí mismos, fuera del doblaje imaginario y de la fascinación encapsulante.

Luego de la división la unidad sólo aparece recobrada como unidad imaginaria del yo (*moi*) sobre el fondo de una escisión nunca resuelta. Queda así mancado el sujeto como lugar de una unidad imposible existiendo sólo en el lugar de las diferencias. Es sobre esta división donde aparece la fisura a través de la cual se constituye una interrogante sobre el ser y emerge en todo su esplendor conduciendo a un enigma oculto, el síntoma neurótico. Lugar de fracaso, pero también lugar de acceso a la vendad.

5. Desde la perspectiva mitológica el papel que atribuimos clásicamente la fijación debe ser revalorado. No puede considerársela meramente en sus aspectos evolutivos o energético-cuantitativos sino que debe tomársela en su condición de marca del lugar de un reencuentro o reunión imposible.

Un cristal solamente después de su ruptura remite a su condición de uno o entero anterior. Una vez roto aunque se intente la articulación de sus bordes, siempre quedará delatada la marca de su separación. Encontramos una unidad que se conquista como concepto después de la fragmentación y una nueva articulación que hace imposible el ocultamiento de la ruptura.

Fijación: permanencia de la libido, investidura en el lugar de la articulación imposible. Lugar de ruptura, lugar de sutura, lugar de cicatriz. Es por tales razones que se la invoca a menudo como el lugar de una imposible renuncia a la satisfacción de la pulsión parcial y por lo tanto como cumplimiento y realización, siendo por otra parte mentada como culminación de una inscripción que funda la primera represión, al ser momento de articulación con un representante representativo. Queda relacionada de esta manera paradójicamente con la frustración, con la gratificación o con la acción combinada de ambas.

Es aquí el lugar donde una cierta concepción del falo juega papel preponderante como significante de la imposible articulación; como símbolo de una unión que en su imposibilidad marca el perpetuo hiato. Señala por lo tanto a la ruptura y a la sutura entre las que se instala como cicatriz. Cicatriz de un uno que no fue antes de ser roto y de un uno que no puede ser porque su fragmentación queda para siempre delatada.

Si la castración hace su entrada en este lugar es justamente por la pertinencia de su inclusión en la problemática de la fijación y del falo.

La castración puede caracterizarse esencialmente como momento de ruptura de la ecuación entre identificación y relación objetal. Es por lo tanto momento de corte, o barra interpuesta, para tachar a la identificación primaria. Inaugura por lo tanto la pérdida de toda unión con lo otro fundando su imposible retorno sólo como mito.

Luego de esta intervención crucial en función del ejercicio de la ley paterna, el sujeto y el otro se reconocen sobre el fondo de una recíproca ausencia en relación con el antiguo completamiento especular. Al romperse la ecuación entre identificación y relación objetal el sujeto deja de ser el otro, el qué queda incorporado sólo como marca o significante de su pérdida, es decir como representación inconciente de cosa a la cual se articula una pulsión nominada como reprimida. Idéntica operación ocurre con el propio sujeto que queda perdido para sí mismo tomado como otro, con lo cual su autoconocimiento también pasa a ser regido sobre el fondo de la representación de cosa reprimida.

Lo que queda en realidad reprimido es el espejo. De allí en más todo intento de hacerlo reaparecer, como por ejemplo en el amor, está destinado al fracaso de ser solamente un momento de ilusión y de éxtasis.

O se hacen nuevamente uno, con lo cual el otro se escamotea y se diluye

nuevamente, o se mantiene la división sobre la pulsión reprimida y entonces el otro sigue ausentificado aun en su presencia. No basta que el otro esté presente a la visión para que no se lo sienta perdido.

En síntesis, una vez instaurada la castración, la relación con el otro se torna imposible, marcada por una constante demanda que nunca más puede ser colmada y de cuya diferencia habla el deseo en su continuo desplazarse. Y sin embargo es la misma castración la condición para que el otro aparezca más allá de su referencia especular.

Se abre paso así a la identificación secundaria. Esta identificación testimonia la renuncia al otro especular sobre una carga pulsional reprimida, la acción de la ley y del orden simbólico, de la metáfora paterna. Identificación imaginaria en el primer caso, identificación simbólica en el segundo. Entre ambas la problemática plena del Edipo y la hominización.

El falo, la castración y la fijación, están así inmersos en pleno corazón de esta problemática y del pasaje que fija las fronteras entre la estructura narcisística y la estructura edípica.

El falo otorga significación a lo que falta y a lo que puede realizar la imposible unión; la castración da cuenta de la ruptura de la ecuación entre identificación y relación objetal deshaciendo la identificación primaria; y la fijación se sostiene como obstinada inscripción de permanencia en la insatisfecha satisfacción. En este terreno tiene lugar la represión primordial.

Si el falo aparece mentado como cicatriz es para señalar que sólo puede ser concebido mitológicamente como marca de la conjunción entre una herida y la obturación de sus bordes. Sólo señala la falta y la sutura, fuera de eso, nada. Queda convertido así en algo menos que un objeto y en algo más que una falta. La cicatriz es siempre un «plus», un algo de más, necesario para ocluir un algo de menos. Por eso tiene ese valor de significante elemental.

**6.** En el pasaje de lo arqueológico a lo mitológico es donde, al adquirir el deseo una importancia radical, se introduce como dimensión necesaria la intersubjetividad.

Si el deseo da cuenta de la diferencia, de lo que falta en toda demanda en función de la introducción (le la castración, es sólo en el orden del lenguaje y con relación a una ley, que del mismo puede hablarse apropiadamente.

Si la demanda da cuenta de un anhelo inespecífico de recuperación, a través del amor del otro, de la especularidad perdida, el deseo en su mítica conformación muestra siempre lo que le falta a la demanda para *su* realización y lo que podría colmarla. Por eso es siempre el argumento engañoso de lo que colma la falta.

La demanda aparece como esperanza y búsqueda, pedido tenaz, mientras que el deseo es siempre espejismo de retorno imposible. Está organizado por lo tanto en torno al falo como mediador de la diferencia entre lo que falta y lo que obtura. Así es como, mientras el objeto de la demanda aparece todavía como presencia de otro sujeto en lo real, el objeto del deseo aparece siempre como construcción imaginaria, y aun

cuando se anda en cierta objetología real, irrealiza la presencia del otro que aparece finalmente como causa de falta y de diferencia. Lo que en un caso es objeto de espera, es en el otro, lugar de desilusión, por lo que se apela al falo para la obturación.

El deseo no se organiza por tanto en torno a una falta leída desde la necesidad natural del cuerpo biológico, como falta de satisfacción, sino que aparece siempre en función de una falta incorporada como consecuencia de una norma, una prohibición y ley cultural. Puede entonces referírsele siempre a la castración y a la barrera contra el incesto.

Toda continuidad entre la necesidad, la pulsión y el deseo deja de poder establecerse cuando la intersubjetividad comienza a cobrar su lugar preponderante.

Podemos destacar tres momentos en esta importante problemática: a) la necesidad, la pulsión y el deseo son considerados en torno a un economismo cuantitativo donde todo se explica en términos de carga-descarga y placer-displacer; b) se toma en cuenta la manera de ligarse con el objeto y las diferentes vicisitudes de su incorporación con lo cual son las relaciones objetales las invocadas; y e) la necesidad y la pulsión quedan veladas por el deseo que se constituye siempre en el terreno de la intersubjetividad.

Nos encontramos así con una dialéctica cerrada sobre lo real en el primer caso, limitada al interjuego entre lo imaginario y lo real en el segundo, y violentada por la inclusión de lo simbólico en el tercero.

En el momento inicial es donde la problemática del deseo queda más escamoteada. Se permanece en el puro reino de la cantidad en un cuerpo al que se postula como fuente y origen. Lo real se redobla una y otra vez sobre sí mismo.

En el segundo momento se produce ya una cierta complejización. El otro sin embargo no se discrimina con la suficiente nitidez de cualquier objeto natural de lo real. La precisión sobre el objeto se hace ambigua ya que se mienta a veces al otro como objeto mítico perdido, tanto como objeto positivo. Un objeto de tal naturaleza se invoca como primitivo, originario, del cual luego derivarían en una serie lineal evolutiva de desplazamientos y complejizaciones las relaciones ulteriores.

Al mencionarse al portador como sujeto pero a lo deseado como cosa se reintroduce de nuevo el cuerpo de la necesidad. Quedan disueltos el acceso a lo específico de la libido, la sexualidad como otro orden, y se sumergen en el orden de la energía general del organismo. Al favorecerse la dialéctica entre lo imaginario y lo real haciéndose cabalgar conjuntamente el deseo y la necesidad, los diferentes interjuegos proyectivos-introyectivos con relación al pecho se estatuyen como infraestructura determinante en última instancia. El mito de Edipo queda destronado.

Es en efecto cuando el momento de la intersubjetividad que el deseo encuentra su campo de determinación específica. En franca ruptura con la necesidad, el deseo se instala en una trama constituida en, por y para el deseo del otro. Se trata de deseo de un deseo o mejor dicho se trata de deseo en cuanto otro deseo interviene en su formulación. El otro emerge en calidad de sujeto del inconsciente y de objeto perdido. No es cosa el portador ni éste es cosa para el otro. Ambos se entrecruzan en el lugar de una pérdida y una ausencia. Como sujeto del inconsciente el otro se manifiesta a

través de su deseo; como objeto deseado el otro se presenta como perdido. Lo mismo sucede con el portador, por lo cual se recubren ambos deseos sobre ambas faltas o pérdidas. Un vínculo humano se conforma.

El fundamental papel del otro aparece ya reconocido tempranamente por Freud en todo acceso a la sexualidad en sus tempranas teorías sobre la seducción. Este otro exterior se encaja redoblando al otro mítico, cuando es el Edipo y su estructura la invocada como sede del mundo fantástico y de las determinaciones eficaces. Si la necesidad es de una cosa, la sexualidad es del otro.

Esta vez nos es útil mencionar a Hegel en su honda penetración en la cuestión del deseo. Kojévé, comentando la “Fenomenología del espíritu” muestra con particular claridad la diferencia entre el deseo humano y el animal.

El deseo humano no implica ninguna búsqueda de un objeto real o positivo. Sólo es búsqueda de otro deseo, de un otro en cuanto deseante. El hombre, por ejemplo, no sólo desea el cuerpo femenino sino básicamente ser deseado por la mujer y viceversa. Y si algún objeto mundano llega a estar en juego, no lo está por vigencia propia sino en cuanto se constituye como objeto deseado por un otro. Es por lo tanto deseo del otro como deseante y deseo de un objeto deseado por un otro.

El sujeto no encuentra en el otro la completud o plenitud más que en la mitológica posteridad de colocarse en el lugar de la falta. Así si en la lectura directa e inmediata de la pulsión en función de la relación de objeto, mentamos el pecho como primer objeto deseado, como objeto de completamiento, en la lectura intersubjetiva lo deseado aparece reflejado sobre la falta materna, es decir sobre el mito constitutivo de sus teorías sexuales infantiles con relación a la presencia o ausencia fálica y a la particular elaboración de la castración. El deseo del niño se construye así en, desde y para la falta materna, con lo cual podemos enfocar con otra óptica ciertos fenómenos clínicos y ciertas conceptualizaciones de la teoría.

En efecto, es diferente el niño deseante como emergencia inmediata de sus pulsiones eróticas y tanáticas en relación con el pecho y las emociones concomitantes, del niño considerado en función de la significación que cobra en una determinada red de sustituciones organizadas alrededor de una falta esencial. Niño biologizado en el primer caso y significado en una red intersubjetiva de deseos inconcientes en el segundo.

Si el otro aparece como lugar de falta y por lo tanto como vehículo del discurso, y lo real queda perdido, capturado para siempre en el orden del mito, no puede ser ocasión para una corrección perceptiva de lo real en una determinada postura cada vez más realista o madura a través de un juego de introyección y proyección. Lo real capturado por lo simbólico sólo puede ser atrapado en su límite, así como lo imaginario sólo se recupera como relato en un mito.

Nada pues que corregir en lo real, ni que reparar o reintroyectar de manera más adecuada. Esto ocurre como proceso solamente en el reino de lo imaginario que constantemente se alimenta en su engaño. Como función real del analista sólo queda un mito que descifrar, un conjunto signifiante que recobrar, un texto que descubrir. Y es desde este orden desde el cual las eficacias determinantes se dan en relación con las estructuras causales.

Cualquier otro intento por parte del psicoanalista de encontrar un cierto segmento de lo real como lo verdadero, lo justo, lo recto que completaría a una cierta demanda en su plenitud, no sería más que un intento de esencializar a lo real para ocultar así una determinada postura ideológica, la que queda encubierta en un supuesto *así tiene que ser*.

7. Un acercamiento arqueológico contribuye a diluir el descentramiento freudiano recentrando al sujeto sobre su realidad corporal.

Freud fue muy esclarecedor en su referencia a los tres narcisismos heridos que la humanidad no podía tolerar. Así planteó la ruptura del narcisismo cosmológico con la famosa inversión copernicana, la ruptura del narcisismo biológico con el evolucionismo darwiniano y finalmente la caída del narcisismo psicológico con la concepción del determinismo inconciente.

En los tres casos hay en juego un fundamento común que consiste en el descentramiento. Todo descentramiento se presenta como factor de crisis en cuanto impone en su plenitud la presencia del otro revelando así una radical alienación y puesta de límites a la omnipotencia del sujeto propio. El descentramiento equivale así a una castración.

Curiosamente es desde dentro mismo del psicoanálisis que el tercer narcisismo herido es escamoteado con la reintroducción del cuerpo biológico natural. Aquí es donde el concepto de anaclisis tiene un valor decisivo. En efecto, depende de la particular manera como se considere a la libido en su apoyatura biológica que podemos transitar por diferentes caminos.

Se puede considerar a la anaclisis en una derivación continuista haciéndose unitarios el cuerpo biológico y el cuerpo erógeno, o bien se concibe el cuerpo sólo como soporte o vector de una relación con el otro, en cuyo caso pierde el carácter de origen o fundación. El corte se instala dejando el cuerpo de ser fuente expresiva de representaciones.

Si el sujeto queda determinado por su inconciente, pero inmediatamente se pasa a considerar como lo inconciente el cuerpo como sede de determinaciones pulsionales autoexpresivas se reintroduce por la ventana lo que se excluyó por la puerta.

Se vislumbra ya el escamoteo del narcisismo caído. ¿Qué más propio de uno mismo que su propio cuerpo, aunque se lo llame ello? Y si es el propio cuerpo el lugar y la sede determinante, recupera nuevamente el sujeto su lugar de centro perdido. El descentramiento freudiano se vuelve centramiento biologista naturalista.

Esta postura se incrementa cada vez que se considera a lo reprimido como el cuerpo que queda fuera de la simbolización y no el cuerpo capturado en el discurso. Si lo inconciente contiene a ese cuerpo autoexpresivo se postula que hay algo más acá del mito, que proviene de cierto lugar de lo real determinante. Es algo de la naturaleza de la cantidad lo que debe elaborarse y no algo de la naturaleza mítica lo que debe disolverse.

Así algo de lo vivido, de lo sentido, de lo inherente al ser orgánico es prioritario sobre la estructura del lenguaje en un caso, mientras en el otro la estructura siempre es fundamento, quedando lo sentido y vivido *como estado* segundo y manifiesto de las diversas figuras imaginarias del yo.

Si el inconciente como otro lugar toma al propio cuerpo del sujeto como referencia pierde sentido incluso como lugar diferenciado. Si tiene algo que decir del descentramiento, si se constituye como ruptura radical del narcisismo de la conciencia no es justamente por conformarse como «otro lugar», sino en cuanto esencialmente adviene como el «lugar del Otro». La intersubjetividad cobra pleno sentido afirmando la escisión de ser sabido en un lugar distinto de aquel en que la verdad aparece determinada por el Otro.

Pueden aparecer actitudes clínicas en donde el determinante último sea atribuido a los sentimientos, impulsos y emociones propios del sujeto. Así una determinada conducta puede intentar explicarse en su fundamento en relación con los celos o la envidia inconciente. Aquí se supone que algo de una elaboración cuantitativa o una nominación de esos afectos contribuiría a producir una relación de objeto más madura e integrada. Este “domaje” de afectos puede llegar a sustituir a veces el esclarecimiento enigmático de un recuerdo encubridor, de una teoría sexual infantil o de una particular formación del inconciente, en donde una trama argumental en la que el sujeto está ubicado en una determinada posición, se hace siempre necesario recuperar.

Desde una concepción intersubjetiva en donde realmente se ponga en juego el sujeto del inconciente, las emociones e impulsos no le pertenecen al sujeto como determinantes últimas más que en un doblaje imaginario a través del cual se siente como origen y fundamento de su conducta. En realidad estas emociones e impulsos están profundamente mediatizados ya como productos de un entrecruzamiento de deseos intersubjetivos, de un orden inconciente, estructurado desde un más allá, desde otro lugar del otro cuya ley el sujeto ignora, y de la cual sólo aparece en su conciencia, y con el júbilo de una recuperación narcisista, la historia de que él, con sus sentimientos lo hizo.

Al colocarse a veces el acento en el terreno de las defensas y de las resistencias en donde el yo inconciente efector de la defensa se personaliza y empiriza, cobrando una determinada fuerza con relación a una imagen voluntarista, se cae en consecuencias similares a lo anterior.

La intencionalidad se reubica nuevamente en un supuesto centro yoico del sujeto, todo su lenguaje pasa a ser momento segundo y portador de un supuesto movimiento afectivo o emotivo primero. Entre los participantes de un diálogo se enfatiza la acción o conducta con lo cual se hace a menudo un uso abusivo del “usted me hace”, “usted me pone”, “usted siente”, etcétera. Se favorece así la caída en una pura descripción fenoménica de los estados imaginarios del yo.

Se plantea desde lo arqueológico entonces, una concepción del proceso psicoanalítico anclada en lo bipersonal y actual que releva de continuo el proceso

proyectivo-introyectivo imaginario, que se opone a otra concepción que desde lo mitológico gira en torno de los conceptos de resistencia-represión. Esta última concepción busca siempre trascender la actualidad empírica de los participantes para ir a la búsqueda del Otro. La transferencia aparece justo en el momento en que la verdad puede emerger para distorsionarla o deformarla. Así se hace necesario siempre traspasarla para acceder a un recuerdo que se resiste.

Si el sujeto queda jerarquizado en lo molecular y segmentario, puede quedar descuidado en lo molar. Todo su contexto biográfico-significativo, su estructura causal de la cual lo molecular es solamente una parcial puesta en escena queda desatendido. ¿Dónde encontramos el espacio para la construcción a la que Freud otorgó una jerarquía decisiva?

En síntesis, dirigiendo el análisis desde los afectos y emociones inconcientes conocemos al sujeto más desde su producto que desde su lugar determinante, desde el resultado de su estructura más que desde su estructura de determinación. Además nos tenemos que enfrentar *con toda la* problemática metapsicológica evidentemente compleja que permita revisar el estatuto del afecto y de las emociones mismas postuladas como inconcientes.

Con la postura anterior en un sentido el sujeto pierde. Se lo invoca como responsable de todo lo que ocurre. En otro sentido el sujeto gana ya que recupera el júbilo narcisista de su plenitud y de su no escisión. Aparece así no sujeto a *otro* orden en otro lugar sino a un otro orden aparente desde donde vuelve a reinar soberano: desde la mismidad de su cuerpo biológico y pulsional autoexpresivo.

Cuando el cuerpo deja de ser mentado como alienado en el orden simbólico, en cuya trama se compromete como humano, queda invertido el recorrido freudiano. Freud introdujo efectivamente el cuerpo en el psicoanálisis desde la histeria, donde marcó un camino que va desde la letra al cuerpo.

En un enfoque arqueológico se pretende muchas veces un recorrido inverso para leer todas sus alteraciones o toda su patología. Queda asentada así la opción de leer al inconciente como el ciego lugar de los irracionales impulsos o como el lugar en donde justamente el cuerpo como tal queda trascendido por quedar capturado en las mallas significantes.

Si la real herida narcisista marcada por el descubrimiento freudiano implica la presencia del otro a través del discurso y el deseo solicitando al sujeto desde otro lugar, se hace patente que todo escamoteo implica en esencia la anulación del Otro para recobrar la unidad imaginaria del sujeto más acá de su alienación.

La intersubjetividad aparece así enraizada en ciertas dimensiones cardinales del mito, el deseo, la castración y el sexo en general como síntesis.

**8.** Si desde una postura mitológica alguna psicopatología psicoanalítica pudiera establecerse, ésta sólo llega a comprenderse en torno a la falta que el falo representa. Así alguna cuestión relativa a la ascensión del sexo y a la elaboración de la castración parecen jugar un papel preponderante en cada caso particular.

Hablar del sexo se hace posible solamente después de hablar. El sexo sólo puede ser conocido y comprendido entonces en el espacio del mito. No hablamos pues de lo

masculino ni de lo femenino en función del cuerpo natural biológico, sino en función de la pregunta que surge en un determinado orden del discurso.

Todo discurso se constituye no sólo como afirmación sino como apertura de una determinada interrogante, lo cual implica que todo hablar pregunta acerca de una determinada cualidad de la cosa. Lo que distingue a un determinado discurso en relación con la verdad es así la diferencia entre lo que constituye como afirmación y lo que abre como pregunta. Esta pregunta se articula con una particular manera de enfrentar la castración y sus vicisitudes.

Si el sexo para el psicoanalista que es fiel a lo mitológico no se sostiene sobre el cuerpo sino sobre el discurso, entonces ser neurótico, perverso o psicótico aparece como una diferente consecuencia y una diferente resolución a las formulaciones de aquella pregunta. En síntesis, a la particular manera en que se entrecruzan en el sujeto las interrogantes y resoluciones acerca de ser mujer y ser hombre.

Si prestamos suficiente atención a los distintos historiales freudianos, podemos ver algunos de sus más importantes desarrollos clínicos, como ejemplos privilegiados de la problemática expuesta. Más que casos ocasionales de enfermedad pueden ser considerados como prototipos complejos del crítico advenimiento del sujeto a su femineidad y a su masculinidad.

Comenzando por *Dora*, podemos entender que más que un caso singular de histeria, podemos reconocer en *Dora* a la histeria como estructura de acceso conflictivo a la identidad femenina. Ser mujer y la pregunta por serlo, aparece coronando todo el historial; ¿*qué*, es ser una mujer? ¿Qué es tener un sexo cuando se carece de falo? Enigma éste central para definir la problemática de lo femenino. La pregunta por una falta y por la paradójica identidad que debe establecerse justamente en función de aquella.

Todas las figuras imaginarias que aparecen luego en la histeria en torno a lo fálico implicarían una respuesta obturante a esa pregunta esencial y un intento de sacudir la angustia que se liga a la interrogante de tener acceso al placer justamente en el lugar de una falta.

Se da así una interesante estructura que define la histeria como una cuádruple identificación vacilante por la cual una mujer desea como hombre a un hombre por quien quiere ser deseada como si él fuera una mujer. Estructura plena de malentendidos y de resolución imposible mientras es efectiva.

*El hombre de las ratas* ocupa un lugar que podemos postular como inversamente simétrico con el anterior. Aquí también podemos trascender el caso singular de una neurosis obsesiva, para descubrir en sus mecanismos el acceso crítico a la masculinidad.

Ser hombre aparece como planteo ya no tanto desde el *qué* sino desde el *cómo*. Al contar con el pene con el cual recubrirse de una ilusión fálica permanente su problema no reside en el *qué* del sexo, ya que lo define siempre en torno al apéndice fálico, sino más bien en el *cómo* ser hombre sin matar al padre y sin ser amenazado por la castración. Es el discurso no en función de lo que falta sino en función de mantener

una afirmación y conservarla sin que se abra demasiado insistentemente una pregunta por el qué de la cosa.

Si la falta descubre a la pregunta por la cosa que falta, la ilusión de tenerla plantea la interrogante acerca del no perderla. Una interrogante de afirmación es por lo tanto una interrogante del cómo en lugar de una del qué. ¿Cómo hacer las cosas para que la catástrofe no sobrevenga?

Y si algo del acceso al placer se liga a la posibilidad de poder enfrentarse con la falta, de poder, en la relación con una mujer tolerar intercambiar la presencia por la falta, prefiere renunciar a dicho placer con tal de afirmar una y otra vez su posesión. Goza más así en la acumulación que en el intercambio donde siempre aparece un plus de pérdida, más en la certeza de lo que posee que en el placer que puede obtener en su transformación, más en el cumplimiento de la norma que en el de su deseo. Así todo su deseo queda atravesado y marcado por la normatividad que lo obsesiona.

Comprendemos así algo de la diferente relación con el superyó tan claramente señalada por Freud para la mujer y el hombre, y algo también de los diversos motivos conflictivos en ambos sexos para el acceso al placer. ¿Qué placer obtener en el lugar de una falta?; ¿cómo obtener placer sin exponerse a la falta?

Pero estos “qués” y estos “cómos” aparecen también en la problemática de cualquier sujeto sexuado. En efecto, hay tantas preguntas de Dora —tantos *qués*— en el hombre histérico, como preguntas del hombre de las ratas —*cómos*— en la mujer obsesiva.

La histeria en el hombre aparece como remanente de la pregunta en la cual se escamotea su temor a la castración identificándose con una falta, mientras que la neurosis obsesiva en la mujer aparece como remanente de una pregunta desde un lugar en el cual se ubica como la que posee y sólo teme perderlo.

La histeria en el hombre alude a su feminidad, como la neurosis obsesiva en la mujer alude a su masculinidad, pudiéndose entonces afirmar que es el entrecruzamiento singular que se produce dentro de cada sujeto entre “Dora” y “El hombre de las ratas” el que produce una particular condición sexual y una particular constelación psicopatológica rotulada como neurótica.

Tal vez podemos intentar encontrar el mismo interjuego y la misma simetría invertida en el terreno de las perversiones. Freud nos dejó aquí tres bellas obras sobre el tema: “Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” “Pegan a un fino y “El fetichismo

Si el *qué* y el *cómo* se nos ofrecían como preguntas privilegiadas en el terreno de las neurosis, es el advenimiento del *porqué* el que juega un lugar primordial en el terreno de las perversiones. No es interrogante sobre lo que falta ni interrogante sobre la conservación de la afirmación, sino interrogante que en su propia formulación intenta sublevarse contra la interrogación misma. ¿Por qué ser mujer; por qué ser hombre; por qué ocuparse de la falta; por qué ocuparse del falo; por qué temer perder algo?

Si bien la insistencia de la pregunta y la existencia de la pregunta misma indican

que algo de la falta, es decir de la castración no deja de entrar en juego en este terreno (escisión del yo), se trata en el “porqué” de la rebeldía que acompaña a todo intento de renegar la castración, renegando así el acceso a toda diferencia.

El qué y el cómo quedan relativamente escamoteados, y al aparecer la castración en un borde o límite es desde ese lugar que se hace necesaria una nueva trasgresión; si el *qué* habla de una falta y el *cómo* se obsesiona por la norma, el *porqué* invita a, y sugiere una constante transgresión.

Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” nos introduce desde la renegación al problema de la mujer, renegando la existencia del falo mismo. Así puede amarse a alguien por lo que éste no tiene y pretenderse ser amada en función de la falta misma.

“El fetichismo” nos enfrenta no ya con la renegación del falo mismo como existencia sino a la inversa, con la renegación de la castración como posibilidad. El fetiche aparece como insistencia imposible para perpetuar una presencia imposible también. Problemática del hombre que puede aspirar a seguir siéndolo y a elegir a una mujer como objeto de amor gracias a este ilusorio artificio.

Si la homosexualidad en la mujer aparece como solución “femenina” a través del repudio fálico, el fetichismo aparece como solución “masculina” a través de la renegación de la castración. Pero también aquí, desde lo perverso aparece aún un margen para el entrecruzamiento de lo masculino y de lo femenino como ocurre en la condición neurótica. Así descubrimos curiosamente rasgos fetichistas en ciertas mujeres como también rasgos homosexuales con características femeninas en ciertos hombres.

Y finalmente podemos a través del “caso Schreber” internarnos en la problemática del sexo en las psicosis.

Aquí desaparece totalmente el espacio desde el cual una pregunta se formula, quedando así achatada toda posible interrogación. No hay preguntas y por lo tanto no hay siquiera escamoteo, ya que la interrogación queda repudiada por la respuesta plena. El sujeto del inconciente se pierde y la pulsión reprimida ligada a una representación inconciente de cosa desaparece restituyendo al sujeto en su plenitud imaginaria narcisista.

El ser del sujeto sexuado queda distorsionado al no presentarse un hueco (castración) a través del cual colar una interrogante. Por eso mientras el neurótico y aun parcialmente el perverso se dejan atrapar por la pregunta en donde lo femenino y lo masculino acuden como respuesta, el psicótico queda excluido de todo acceso a un sexo humano quedando sólo recubierto por un sin fin de figuras imaginarias restitutivas. Ser hombre y ser mujer se convierten en un no - ser andrógino.

En síntesis, vemos como el sexo y sus múltiples vicisitudes se constituyen en la trama de una determinada interrogación y con posterioridad al establecimiento de la misma. No debemos plantearnos lo femenino a priori sino como emergiendo de la pregunta misma, así como tampoco podemos entender a lo masculino desde antes de la formulación por conservar su afirmación. Ambas preguntas conformarían así el fondo de toda posición postulada como neurótica: qué y cómo.

Desde una posición perversa aparece privilegiado el porqué, constituyendo al sexo en la vacilación de una constante trasgresión y rebeldía, tanto en el sentido de renegar de la castración como de repudiar el falo. Y finalmente nos encontramos en el terreno de la respuesta plena, donde la falta de una fisura que implique una interrogante culmina con la instalación de un no -sexo humano.

Una psicopatología que intente entonces establecerse a partir del mito sobre el cual se instituye una sexualidad diferencial surge como síntesis de la posición particular que el sujeto sexuado viene a ocupar en función de la articulación y resolución de las diferentes interrogantes: *qué, cómo y por qué*, amenazadas constantemente por la anulación. Esta anulación, al ausentificarlas introduce al sujeto en lo pleno de la no diferencia y en el terreno de la psicosis.

Si toda lectura arqueológica de los textos freudianos da lugar a la consideración sobre un sexo naturalmente constituido también funda una psicopatología concebida evolutivamente sobre un tiempo lineal. Se postulan así ámbitos diferentes para la psicosis, la perversión y las neurosis o infraestructuras psicopatológicas causales sobre las cuales las otras condiciones se colocan como resolución. Así por ejemplo se puede hablar de la perversión como defensa frente a la psicosis, o de la neurosis como elaboración restitutiva de una psicosis subyacente.

Toda lectura mitológica cobra sentido psicopatológico privilegiando siempre la elaboración crucial del mito de Edipo y las diferentes vicisitudes que acompañan a las consideraciones en torno al falo y a la castración. No privilegia a una estructura psicopatológica como base, por ejemplo a la psicótica, ya que sostiene que cualquier emergente es ya resultado segundo de las elaboraciones precedentes que constituyen la estructura determinante en última instancia, es decir de la estructura del Edipo.

**9.** A ningún lector se le podrá escapar que lo que aquí referimos como posturas arqueológicas y mitológicas corresponden a grandes rasgos a distintas lecturas y a diferentes problemáticas planteadas por diversas escuelas del pensamiento psicoanalítico contemporáneo.

Así hay evidentes referencias a la psicología psicoanalítica del yo, a la escuela inglesa y al estructuralismo francés. Sin embargo hemos preferido abstenernos de toda referencia directa a estas distintas escuelas en cada punto en particular, ya que creemos que de algún modo todas ellas tienen aportes recuperables y fundamentales para la comprensión de ciertos sectores del pensamiento freudiano como así también líneas que prolongan una cierta peligrosa ideologización. Por eso creemos más útil destacar a través de las mencionadas posturas, dos diferentes acercamientos metodológicos que permitan repensar algunos temas esenciales y elaborar más allá de ciertas adhesiones a esquemas parciales o a modas, consecuencias para la teoría y para la clínica psicoanalíticas.

*Jaime J. Szpilka* \*

Recibido el 19 de octubre de 1976

---

\* Dirección: José E. Uriburu 1690. 18 A. Buenos Aires.